

Leer *El Quijote*

Algunas reflexiones sobre didáctica de la literatura

Cristina ESTÉVEZ DÍEZ

Universidad Complutense
estevezd@edu.ucm.es

*Disculpá [...] si no puse coronas a lejanos
difuntos, si no desmenucé, saqué, sangré sus
palabras, cuando ellos eran ya cadáveres
gloriosos (A. Colinas)*

Recibido: 1 marzo 2005
Aceptado: 13 abril 2005

RESUMEN

En este artículo se defiende la idea de no recomendar la lectura de *El Quijote* a los estudiantes preuniversitarios porque no tienen la formación suficiente para disfrutar plenamente de la obra, lo cual produce efectos contrarios a los deseados en estos estudios: despertar, mantener, afianzar y aumentar el gusto por la lectura.

Palabras clave: Lector cooperativo, lectura activa, afición a la lectura.

Reading *El Quijote*

ABSTRACT

In this article it supports the idea of not recommending reading *El Quijote* to pre-university students, because they lack enough knowledge to fully enjoy the book. This would have negative effects on them: keeping students away from developing, deepening and enlarging the joy of reading.

Key words: Cooperative reader, Active reading, Joy of reading.

Lire *El Quijote*. Quelques réflexions sur la didactique de la littérature

RÉSUMÉ

Dans cet article on soutient l'idée de ne pas conseiller la lecture de *El Quijote* aux étudiants pre-universitaires parce qu'ils n'ont pas une formation suffisante pour profiter complètement de l'œuvre, mais cette idée produit des effets contraires à ce qu'on voudrait atteindre avec ces études : favoriser, compléter, améliorer, réveiller le goût et le plaisir de lire.

Mots-clés: Lecteur coopératif, lecture active, plaisir de lire.

SUMARIO 1. Introducción. 2. Los lectores de *El Quijote*. 3. Propuestas didácticas. 4. Referencias bibliográficas.

1. INTRODUCCIÓN

En este año en que celebramos el cuarto centenario de la publicación de *El Quijote* quiero contribuir con una pequeña colaboración, que, más que versar sobre la obra, girará en torno a la lectura de la misma.

Desde el principio quiero adelantar que la idea fundamental que se expresará en estas líneas es que no se debería seguir leyendo *El Quijote* del modo en que se está haciendo.

De los lectores de *El Quijote* me interesan de manera especial los jóvenes, y no todos ellos, sino de forma particular los adolescentes que leen la novela únicamente como materia de examen.

Ignoro si, excluido este grupo, el número de lectores de la novela es muy amplio, pero, a estas alturas, no debería preocupar con respecto a la lectura de *El Quijote* que lo lean más o menos alumnos, sino el gusto y el provecho que de la lectura extraiga cada lector, y eso es ya una cuestión de cada uno de los lectores. Dejemos a otros sectores la preocupación por la “audiencia”.

Trabajo con jóvenes que van a ser maestros en educación primaria. En este nivel, como después en la educación secundaria, el principal objetivo —y no por obvio exento de dificultad— es el de despertar en los niños el gusto por la lectura, y, si es posible, también por la literatura.

La obra literaria se concibe como obra de arte cuyo instrumento es la palabra (Lapesa, 1979). El lector busca en la literatura sobre todo un placer estético, aunque además en la obra literaria encuentre otros alicientes. No es el momento ahora de entrar en cuestiones en las que tanta tinta se ha gastado a lo largo de siglos. No obstante me gustaría recordar que la literatura existe porque los lectores, buscando un placer estético, pero también diversión, conocimiento, evasión, solución de problemas, superación de limitaciones, y algunas metas más, deciden ponerse ante un libro y mediante una lectura creativa, darle vida.

Tal creatividad, ya sabemos, exige un lector cooperativo (Eco, 1979). El lector se ve obligado a realizar una gran actividad. Cuando la persona que tiene ante sí un libro está demasiado cansada, o tiene otras preocupaciones, no es capaz de meterse en la lectura. Porque en la lectura, se mete uno; el libro no se lee desde fuera, especialmente si el libro es una obra de ficción que ha logrado atraparnos. Si la historia nos seduce, es fácil que se produzca una identificación del lector con alguno de los personajes, se padece entonces (o se goza) de bovarismo. Cuando se lee como “lector empedernido”, la historia ya no se lee, más bien se vive. Así es posible llorar con el príncipe encantado; o descubrir al terminar la lectura que se tenían todos los músculos agarrotados por la tensión que nos produce la acción; o sentir que en el momento en que hemos metabolizado esa lectura han cambiado nuestra visión del mundo y nuestra concepción de la vida y que en esos versos se nos ha mostrado, como una ráfaga luminosa, la respuesta a esos interrogantes que desde tiempo atrás nos venían acuciando.

Pero meterse en el libro o en la lectura no es algo que pueda hacerse de cualquier manera. La primera condición es que la lectura se haga en libertad. Como dice Pennac, “el verbo leer no se puede conjugar en imperativo”(1992).

Si se me permite, recurriré a mi propia experiencia como lectora. Muchas de los mejores momentos de mi vida han ido relacionados con algún libro; aunque mi imaginación es grande, no me puedo figurar mi vida sin libros, me considero una gran lectora, los libros son mi paisaje habitual, pero tengo que confesar que gran parte del placer que me proporciona la lectura se me esfuma en los casos en que leer es experimentado por mí como una obligación. Entonces la lectura pierde gran parte de su encanto e incluso puede llegar a producir fastidio.

Estas reflexiones me parecen importantes en mi trabajo con jóvenes. En lo que respecta a la literatura, los profesores de primaria, que trabajan como mediadores, como propagadores de la literatura, como misioneros de la narración, asumen una responsabilidad de gran alcance. Muchos de los actuales adultos lectores tuvieron un maestro en su infancia que les reveló la magia de la literatura a través de las lecturas en voz alta, o de las narraciones con las que en su pupitre infantil fueron deleitados.

La labor de animadores de la lectura (aunque la expresión no me gusta nada) que llevan a cabo los maestros en los colegios me parece encomiable. En un país como el nuestro en que las encuestas dan cifras bajísimas de lectores, hay que reconocerles el mérito de la tarea que están realizando.

Otro tanto ocurre con los bibliotecarios. En la sección infantil de las bibliotecas municipales que yo he visitado, hay gran movimiento de niños, libros, padres que acompañan a niños, una animación, en una palabra, que pone de manifiesto que los libros se experimentan como algo vivo, que está ahí para enriquecer nuestra vida, y no como meros cadáveres que hay que diseccionar.

Cuando visito a los alumnos en prácticas en colegios de primaria, recibo la misma impresión de que los niños de esas edades leen bastante, y lo hacen porque les gusta, y convencidos además de que leer es algo bueno y, por descontado, divertido.

Si las encuestas de lectura se hiciesen exclusivamente entre informantes de hasta doce o trece años, los resultados serían mucho más optimistas, porque, hasta esa edad, hay muchos niños que leen mucho. Recuérdese por ejemplo la expectación con que se esperó la publicación de la traducción al castellano de alguno de los volúmenes de Harry Potter. Aún cuando reconozcamos la poderosa influencia del “marketing”, no pudimos dejar de sorprendernos del interés despertado entre los pequeños lectores, que incluso quisieron emprender la lectura de la novela en su lengua original, impacientes por las demoras en la publicación de la traducción. Y todo ello sabemos que era muy sorprendente, porque hasta entonces los libros no tenían traductor, y a veces ni siquiera autor (para los niños, obviamente).

El panorama cambia sensiblemente cuando pasamos a ocuparnos de estudiantes de ESO o de Bachillerato. Posiblemente son muchos factores los que intervienen y colaboran en que el número de lectores disminuya, el entusiasmo por la lectura también, y a partir de este momento empiezan a sentir que la literatura no es tan divertida como se habían creído.

A pesar del interés que se han tomado profesores y padres en fomentar el gusto por la lectura, se pasa a la obligación de leer unos libros concretos en un plazo de tiempo determinado, prueba de que los esfuerzos del período anterior no dieron resultado, porque de no ser así, la obligatoriedad de la lectura estaría de más.

Y tarde o temprano, topamos con la obligación de que los estudiantes lean *El Quijote*.

2. LOS LECTORES DE *EL QUIJOTE*

Que *El Quijote* no es una obra adecuada para jóvenes de hoy es idea que comparto con bastantes personas, en su mayoría profesores, pero a pesar de ello, es sabido que en los programas oficiales se incluye su lectura y que muchos profesores se hacen eco de dichas exigencias.

El resultado, en parte, son los comentarios que con más frecuencia de la deseada tenemos que oír (aunque no deseemos escucharlos). Se trata de comentarios muy despectivos sobre la novela que han despertado en mí sentimientos de tristeza e indignación, y me han obligado a reflexionar sobre lo que está ocurriendo con la lectura y a tratar de buscar explicaciones a las opiniones tan negativas vertidas por muchos jóvenes.

La reflexión empezó con la elaboración de un pequeño cuestionario en el que se indagaba sobre los hábitos de lectura de los informantes, y se les planteaban algunas cuestiones sobre su lectura de *El Quijote*.

Contestaron el cuestionario estudiantes de la facultad de Educación y algunas otras personas cuya relación con quien esto escribe no es estrictamente profesional, sino personal, y cuya actividad laboral no está relacionada con la educación.

La intención no era hacer un estudio exhaustivo sino más bien confirmar la hipótesis de que para leer de cierta forma, es mejor no leer.

Vistas las respuestas (Vid. Anexo) se podría hablar de diferentes tipos de lector de *El Quijote*.

En primer lugar podríamos hablar de los lectores que no han leído la novela. En este grupo incluyo sólo a personas que leen habitualmente y sin embargo no han hecho una lectura íntegra de *El Quijote*. Entre las cuestiones que se les planteaban había las referidas al nivel de estudios y ocupación profesional. La mayoría de los informantes la constituyen personas que llamamos cultas, que dedican una parte de su tiempo libre a actividades como leer, ir al cine, al teatro, escuchar música, exposiciones, etc. Lo que pretendo decir es que no estamos hablando de analfabetos. Ninguno se dedica a la enseñanza.

En este grupo de lectores la actitud que se manifiesta de forma predominante hacia *El Quijote* es de respeto. No lo han leído, pero sí saben cosas acerca de él. Cómo no: los molinos de viento. Y algo más. Recuerdan, de sus tiempos escolares, algún fragmento aislado. Algunos cuentan que su profesor se lo leía; otros señalan que ellos no leyeron *El Quijote* sino que lo escribieron, ya que el profesor se lo dictaba para que aprendieran ortografía; varios de ellos confesaron sentir vergüenza por no haberlo leído todavía, porque es un propósito que por el momento siguen sin llevar a cabo, pero que mantienen en espera de poder realizar.

En segundo lugar tendríamos que referirnos a los lectores que leyeron *El Quijote* porque se lo mandó un profesor, y no les gustó. Lo leyeron de mala gana. Muchos de ellos están llegando a la Universidad en los últimos años. En ellos pienso cuando escribo este artículo.

Un tópico que se repite con mucha frecuencia es que los jóvenes cada vez tienen menos vocabulario, que su lenguaje se muestra progresivamente más pobre de recursos a la par que su ignorancia se hace cada vez más manifiesta.

El año pasado participé como correctora en las pruebas de Acceso a la Universidad, es decir, corregí exámenes de Lengua y Literatura castellana en la Selectividad. Una de las cuestiones a las que debían responder los estudiantes versaba sobre vocabulario. Debían proponer sinónimos para dos palabras extraídas de un texto sobre el que los examinandos tenían que trabajar. Las palabras en cuestión eran el adjetivo “impío” y el sustantivo “voluptuosidad”. Ninguno de los aproximadamente ochenta exámenes corregidos por mí consiguió puntuación alguna en esa pregunta. Algunos alumnos aventuraron respuestas que resultaron absolutamente descabelladas, muchas veces graciosas —los profesores ya sabemos lo ocurrentes que, en caso de necesidad, pueden llegar a ser algunas personas. Otros correctores tampoco tuvieron mejores respuestas.

No es mi intención desviarme del tema para cuestionarme qué están aprendiendo los estudiantes de Bachillerato en lo que a lengua española se refiere. A lo que quiero llegar es a plantear la pregunta de cómo se puede leer una obra clásica si se tienen tales carencias con respecto a la lengua actual. O podríamos invertir los términos de esta pregunta y buscar una explicación de por qué alumnos que han sido capaces de leer obras literarias de la densidad de *El Quijote* pueden no saber contestar a cuestiones sobre vocabulario de la lengua actual.

Estoy de acuerdo con Calvino (1992) y otros que defienden la lectura de los clásicos. Naturalmente. Pero cuándo y en qué condiciones son cuestiones que merecen una reflexión, aunque ésta se haga de forma negativa.

Si algo está claro es que los estudiantes actuales por una parte no están suficientemente preparados para ejercer su papel de lector activo y cooperador con el autor, y por otra, tampoco tienen en su mayoría la suficiente afición a la lectura como para que el esfuerzo de leer un texto tan alejado de ellos (con todo lo que ello conlleva de dificultad añadida de lenguaje, estilo, etc.) y de sus intereses les merezca la pena.

No es ninguna novedad. Antes también ocurría. Escuchemos a García Márquez (2002):

...mi lectura de *El Quijote* me mereció siempre un capítulo aparte, porque no me causó la conmoción prevista por el maestro Casalins. Me aburrían las peroratas sabias del caballero andante y no me hacían la menor gracia las burradas del escudero, hasta el extremo de pensar que no era el mismo libro de que tanto se hablaba. Sin embargo, me dije que un maestro tan sabio como el nuestro no podía equivocarse, y me esforcé por tragármelo como un purgante a cucharadas. Hice otras tentativas en el bachillerato, donde tuve que estudiarlo como tarea obligatoria, y lo aborrecí sin remedio, hasta que un amigo me aconsejó que lo pusiera en la repisa del inodoro y tratara de leerlo mientras cumplía con mis deberes cotidianos. Sólo así lo descubrí, como una deflagración, y lo gocé del derecho y del revés hasta recitar de memoria episodios enteros.

Leer *El Quijote* debe ser un acto voluntario y placentero. Cervantes, en el prólogo de la primera parte de la novela se dirige a un “desocupado lector” que tiene poco que ver con nuestros estudiantes del primer curso de bachillerato.

En la segunda parte de la novela es el bachiller Sansón Carrasco quien, refiriéndose al éxito alcanzado por la primera parte, publicada diez años atrás, dice “los

niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran”. De lo que no se hace mención es de otros posibles usos del libro.

La literatura no existe para que los jóvenes trabajen con ella. Esto es más una tarea de los especialistas. Si alguien voluntariamente quiere dedicar su vida o una parte de ella a escudriñar una obra literaria, está en su derecho. Pero imponer a jóvenes, que todavía están en edad de formarse como lectores, tareas para las que no fueron creadas las obras literarias, es un error y una pena, máxime teniendo en cuenta que vivimos en un país en que el número de lectores no es muy alto.

Obligar a leer es tarea ardua y vana, puesto que si una persona no tiene la intención ni la voluntad de cumplir su parte en la recreación del texto, la lectura no se produce, queda desvirtuada.

Sabemos que estas lecturas obligadas, con el consiguiente examen o “control” (qué horror me produce la palabra) por parte del profesor, genera toda una picaresca con tal de esquivar la dichosa lectura. Antes podían generarse así estrechos lazos de amistad y de solidaridad, puesto que se negociaba entre los compañeros qué partes leería cada uno. No se leía como se hubiera debido, pero al menos se aprendía compañerismo y otros valores transversales. Ahora ni siquiera esto. El Rincón del Vago en Internet ofrece, entre otras cosas, saldos de *El Quijote*, resúmenes por capítulos a módico precio (habría que leerlos).

Otro argumento que debería disuadir a los profesores de secundaria de obligar a leer es que se está produciendo el efecto contrario al que se buscaba. Se está ahuyentando a los lectores, en lugar de atraerlos a la lectura. Dada la poca formación de los jóvenes (lógica, por otra parte, por motivos de edad) se produce una asociación negativa entre el acto de leer en general o la literatura clásica en particular y una experiencia escolar, que consideran aburrida y sin sentido, y de la que se liberarán tan pronto como puedan.

No nos debe extrañar ese aburrimiento que les producen los clásicos. Hace poco tiempo, con motivo de la publicación de la última traducción de La Odisea, su traductor, C. García Gual afirmaba en una entrevista publicada en un diario, que cada treinta años era conveniente retocar la traducción de los clásicos si se quiere que a los lectores actuales no se les caigan de las manos. No es sólo asunto de vocabulario; también la estructura de la novela, su ritmo, imponen una lectura difícil de conseguir en esta forma de vida, de ritmo trepidante, que nos hemos organizado y que hemos impuesto a las jóvenes generaciones.

Si creemos que leer es algo bueno, y que leer a los clásicos es mejor que no leerlos (Cavino, 1992) tengamos la paciencia de esperar a que esa lectura se produzca cuando los lectores lo deseen (aunque sean estudiantes) incluso si esa lectura debe ser aplazada hasta la jubilación. Es absurdo imaginar que a los dieciocho años, que es cuando los alumnos dejan el instituto, hayan leído ya todo lo que merece la pena.

A esta edad deberían los jóvenes lectores tener una larga lista de buenos propósitos para lecturas posteriores; deberían haber desarrollado (o estarlo haciendo) una buena afición a la lectura; un deseo de ir creciendo literariamente y de seguir educándose, y lo demás ya se hará con el tiempo.

La mayoría de lectores que conozco que han disfrutado leyendo obras clásicas, particularmente *El Quijote*, hicieron su lectura cuando tuvieron grandes deseos de conocer nuestra obra magna. Para leerla se necesita una gran formación y elevada disciplina, y, sobre todo, tiempo y serenidad para poder disfrutar de la lectura.

3. PROPUESTAS DIDÁCTICAS

¿Qué alternativas quedan en lugar de la lectura obligatoria, seguida de resúmenes, y tal vez de algunas preguntas que responder que tranquilicen al profesor y le aseguren de que los alumnos han leído?

Yo volvería al aperitivo. A la costumbre de que sea el profesor quien seleccione el texto, que elija la parte que a él particularmente le entusiasma y se lo ofrezca a sus alumnos mediante una lectura en voz alta.

Sería volver a la forma en que muchos de los coetáneos de Cervantes conocerían la novela, tal como se nos cuenta que se desarrollaba la lectura en diversas ocasiones a lo largo de la obra. Los pocos lectores que en el siglo XVII había compartían el gozo de leer con quienes no podían hacerlo por ser analfabetos, pero querían deleitarse escuchando las historias que se les leían.

Voces más autorizadas que la mía han hecho elogios de la lectura en voz alta, que sirve para deleitar a los oyentes, y que además ejerce como estimulante del apetito lector, propiciando así lecturas posteriores.

Además podrían aprovecharse las ofertas que desde otros medios puedan hacer apetecible la lectura de los clásicos: exposiciones, espectáculos, vídeos, películas, canciones, poesías y otras producciones culturales que no tienen la intención de sustituir a la novela, pero que sí pueden ir tejiendo una red de referencias de la que en su día —y ese día será variable para cada persona— nacerá la decisión de encontrarse con el hidalgo.

El resto de las propuestas tienen un carácter más bien negativo. Más que hacer, invito a que se dejen de practicar ciertas aberraciones que, aunque pueden ser tachadas de anécdotas, no sabemos hasta qué punto están extendidas, como el hecho de mandar como lectura obligatoria la primera parte de *El Quijote* un año, y el siguiente, (por pura lógica) la segunda parte de la misma obra, pero ¡a los alumnos del año siguiente! De manera que si se formase un tandem con los alumnos de dos cursos consecutivos, tendrían la obra completamente leída.

Tampoco se debe pedir a los alumnos que pongan títulos a párrafos ni que les cambien el título a los capítulos. Que se queden exactamente los que Cervantes quiso. Ni me parece muy feliz la idea de que resuman ningún capítulo. Es verdad que los estudiantes deberán aprender a resumir, pero no precisamente obras literarias, y menos *El Quijote*. Estas técnicas que pueden ser muy útiles como procedimientos de trabajo en un taller de escritura, no deben ser aplicadas de la forma en que se hace, que, con la excusa de dinamizar textos, lo que en verdad parece que se proponen, cuando se aplican a obras clásicas, es dinamitarlas.

Respecto a la posibilidad de que lean una versión preparada específicamente para estudiantes de este nivel, con su introducción, explicación, guía de lectura,

cuerpo de notas, y actividades didácticas, me parece igualmente equivocado. En todo ello veo más intereses comerciales que ventajas didácticas. El tiempo y el esfuerzo que se dedica a la lectura de una obra con tantas ayudas se podría dedicar a leer con plena libertad libros que de verdad resulten atractivos y adecuados para jóvenes de hoy, con sus circunstancias concretas. Libros valiosos hay tantos, que es una pena perder lectores por empeñarnos en que se lean los clásicos a destiempo.

¿Qué ocurriría si los españoles acabaran sus estudios secundarios sin haber leído *El Quijote*? Sinceramente creo que no ocurriría nada. Muchos jóvenes seguirían leyendo porque ninguna tarea penosa les habría apartado de la afición que tenían y tendrían en su lista de libros para leer más adelante *La vida del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Otros jóvenes afrontarían esa lectura en la Universidad, si sus inclinaciones les llevasen por la senda de las letras, y tendrían la suerte, como la tuve yo, de leer la tan celebrada novela por una decisión propia, y con franca curiosidad por conocer al tan renombrado caballero, y con la determinación de hacer un esfuerzo que de antemano sabrá que merece la pena. Otros, en fin, no la leerán, pero tampoco tendrán nada en contra, porque no lo habrán experimentado como un castigo.

Importa, para que los individuos tengan la capacidad de juzgar y opinar por sí mismos, que lean por su cuenta, lo que lean, o que lo hagan bien o mal, no puede depender totalmente de ellos, pero deben hacerlo por propio interés y en interés propio (Bloom, 2000).

4. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BLOOM, H.: *Cómo leer y por qué*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2000.

CALVINO, I.: *Por qué leer a los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1992.

ECO, U.: *Lector in Fabula*, Barcelona, Lumen, 1979.

GARCÍA MÁRQUEZ, G.: *Vivir para contarla*, Barcelona, Mondadori, 2002.

LAPESA, R.: *Introducción a los estudios literarios*, Madrid, Cátedra, 1979.

PENNAC, D.: *Como una novela*, Barcelona, Anagrama, 1993.

Anexo

Encuesta La lectura de *El Quijote*

Datos del encuestado:

Edad

Nivel de estudios

Hábitos de lectura: el informante lee como forma de ocio | regularmente
| esporádicamente

CUESTIONARIO

1.º ¿Has leído el Quijote?

2.º Si no lo has leído, ¿por qué?

3.º ¿Te gustaría leerlo?

4.º ¿Tienes alguna opinión sobre la novela, aunque no la hayas leído?

5.º Si la has leído, contesta estas preguntas:

¿Cuándo la leíste?

¿Por qué decidiste leerla?

- a) Te la recomendó un amigo
- b) Te sentiste obligado para poderte examinar
- c) Otros motivos

¿Qué te pareció la novela?

Recomendarías su lectura a

- tus amigos
- tus futuros alumnos
- tus padres
- otras personas

¿A qué crees que se debe la fama de esta novela?

¿Quieres expresar algo que no se incluya en las preguntas anteriores?

Aprovecha ahora.

Con este cuestionario no se tenía otra pretensión que la de dar la palabra a los alumnos. Excuso decir que no está pensado para otras personas distintas a los alumnos de Magisterio, y reconozco que no tiene más validez que la de leer las respuestas que ya imaginaba de antemano.